

La longitud total de la casa se elevaba á treinta y cuatro pies, pero de habitación no quedaban más que veinticuatro, siendo su ancho de veintidós pies; la cocina, por el contrario, sólo tenía doce ó poco más. Los muros longitudinales tenían tres y medio y cuatro pies de altura respectivamente, en atención á que el terreno iba en pendiente hacia la playa. Los laterales, hechos en forma triangular, tenían ocho pies en el centro, figurando, por lo tanto, un ángulo muy obtuso. También yo podía andar derecho por la línea central de la casa, y no se necesitaba más. Las puertas eran más bajas, y por consecuencia, si se quería entrar, era indispensable doblar el espinazo.

La superficie del suelo de la habitación era de veinte por dieciocho pies, y estaba ocupada en su mayor parte por los sacos de dormir. A lo largo de las paredes se construyeron una especie de bancos muy bajos de siete pies de ancho, compuestos de un poyo de piedras grandes por la parte exterior adosado sobre piedrecitas redondas. Sobre ellos se colocaron los sacos, diez á cada lado, formando el costillar; la choza era nuestro barco, y si teníamos que trasladar algo á la pared consabida, decíamos «á la borda»; al suelo le llamábamos «la cubierta», etc. Detrás del saco de dormir tenía cada cual su saco de ropa y demás objetos. Había también un cajita para el tabaco, la pipa, útiles de costura, cuchillo, etc.

Entre las camas había un pasadizo de cuatro pies de ancho, que era lo único que quedaba desocupado. Cuando el tiempo nos impedía salir se llenaba de paseantes, y esto dió motivo á que los noruegos lo bautizaran con el nombre de *Karl-Johan*, que es una de las principales calles de Cristianía. Naturalmente, no teníamos muchos

de los enseres indispensables en una casa. En los huecos de las ventanas colocamos dos infernos-cocinillas; fijamos en la pared un peso para el pan y debajo un barril donde guardábamos la cantidad diaria. Cada cual tenía su plato, cuchillo, tenedor, cuchara y taza.

El utensilio más importante de la cocina era la fragua, colocada en un rincón. Correspondía encima un agujero en la lona para dar salida al humo, y el fogonero Johansson, mecánico muy hábil, hizo hasta una chimenea con un bote de conserva. Junto á la fragua había un balde con grasa, otro con agua dulce y un tercero con agua salada; cajones para cortar la carne, el hacha, cuchillos, etc. La batería de cocina consistía en un caldero grande, tres pequeños y dos cafeteras. En la cocina se guardaban también todos los víveres, exceptuando cinco barriles de galleta que estaban bajo la nieve, allá en la pendiente, y todos los productos alimenticios que podíamos procurarnos en la isla y que conservábamos enterrados delante de la choza.

No habíamos podido llevar mayor cantidad de provisiones, y poseíamos aquellas gracias á que los botes eran de mucha cabida. Aunque éramos nada menos que veinte hombres, contábamos con buen número de sacos, ropas y demás efectos para nuestras camas, varios utensilios domésticos, la fragua, el combustible y otras muchas cosas de bastante peso. Así, pues, no fué pequeña nuestra sorpresa al leer la siguiente lista que, á nuestro arribo á la isla, hicimos de las provisiones y demás géneros:

Galleta, unos seiscientos kilos; azúcar, unos veinticinco; café, treinta; té, catorce; guisantes, setenta; carne y pescado en conserva, ciento sesenta y cinco latas de diferentes tamaños; leche condensada, dieciséis botes

pequeños; arroz, quince kilos; sagú, veinte; varios botes pequeños conteniendo jugos, confituras y frutas; judías de color, quince kilos; verduras secas, ciento sesenta; ácido Zenith, noventa; ídem Pellerín, diez; bayas en dulce, quince; cacao, doce y medio; verduras en conserva, seiscientos raciones; harina de arroz, un kilo y cuarto; ídem de pescado, uno; pimienta, varios botes; un poco de sal; ácido de limón, tres botecitos, y además, doscientos cuarenta litros de combustible y trescientas bujías y fósforos.

Esto quizás parecerá mucho al que no tenga en cuenta que éramos tantos. Pero, no obstante, era una insignificancia para lo que necesitábamos.

Nuestra ración de pan consistía en una galleta diaria, á excepción del tiempo que estuvimos ocupados en la construcción de la casa, que tomábamos dos. El azúcar se empleaba exclusivamente y en cantidades pequeñísimas para el arroz con leche, la sopa de jugos ó el cacao. El té, como tenía ya tantísimo tiempo, había perdido hasta la más mínima huella de su aroma. No quedaban guisantes más que para una sopa ligera cada domingo, y aun así para poco tiempo. La carne y el pescado en conserva lo reservábamos por completo para alguna futura excursión en bote. Gracias á la leche condensada podíamos hacer sopa de esta clase dos veces y arroz cuatro veces por semana. Del ácido Zenith ó Pellerín se repartía cada día un poquito á cada uno. Las hortalizas secas, que en su mayor parte eran zanahorias que no tenían gusto á nada, se empleaban diariamente en la sopa, substituyéndolas á veces con judías. Las verduras en conserva se consumían unas veces con la carne de foca frita y otras en la sopa una ó dos veces por semana. Los

sábados se cocinaba en los infiernillos, pero, por lo demás, se reservaba el combustible traído de á bordo para el caso en que la grasa de foca llegase á faltar. Las bujías las economizábamos también todo lo posible.

Puede agregarse que, cuando abandonamos la isla, quedaba aún lo siguiente: Toda la carne en conserva á excepción de la tomada para la excursión en bote del 31 de octubre al 8 de noviembre; pan, unos cincuenta kilos de café, de doce á quince de té, cuatro de verduras secas, cincuenta de ácido, cinco de cacao, uno de verduras en conserva, unas ciento cincuenta raciones de bayas (casi tres kilos) y un poco de sagú, frutas, confituras y jugo de limón. Además, había también unos ciento cuarenta litros de combustible y cerca de doscientas bujías. Nadie podía tacharnos de derrochadores, pues lo poco que tuvimos á nuestra disposición, lo aprovechamos cuidadosamente para hacer de algún modo un poco variadas y llevaderas las comidas.

\*

Ya teníamos dónde guarecernos bajo techo, pero debíamos procurarnos también algo qué comer. Como puede verse por la nota de las provisiones, nos hubiésemos muerto pronto de hambre, á no procurarnos considerables refuerzos. Mientras estuvimos construyendo la casa, matamos alguna que otra foca; pero esta clase de carne gustaba ya poco y considerábamos los más que la sopa de pájaro bobo sabía mejor. Si contábamos durante el invierno con la carne que pudiésemos necesitar era un cálculo bastante inseguro, pues las focas empezaban á escasear. Por esto teníamos, desde hacía tiempo, la idea

de formar un depósito de carne de pinguino para el invierno, y calculábamos que podríamos necesitar para ello de tres mil á cuatro mil piezas.

Cada día se veía disminuir el contingente de las colonias, pues los más habían mudado la pluma y se iban marchando. Pero el 11 de marzo, día en que finalmente tuvimos ocasión de empezar la gran matanza, quedaban aún algunos millares. No era operación fácil de realizar. Es verdad que los primeros días no iba la cosa mal, pero después los animales se fueron apercibiendo de lo que se trataba y echaban á correr mucho antes de que pudiésemos llegar á distancia conveniente. Era muy raro que casi de repente se hubiesen hecho tan espantadizos. No teníamos pólvora para disparar sobre ellos, así es que los matábamos á palos. Al principio lo conseguíamos con más ó menos dificultad, pero después era casi imposible acercarse. Cuando el suelo estaba libre cogíamos alguno, pero era muy distinto si se encontraba cubierto de nieve, pues mientras se nos hundían los pies en algunos sitios, les sobraba á los pingüinos tiempo para escapar. Se tendían sobre la pechuga y con las patas se arrastraban hacia adelante con admirable rapidez, aprovechando el menor declive.

Lo que más dificultaba la caza era que todos nosotros estábamos muy lejos de encontrarnos bien. El trabajo y la insuficiente ó cuando menos poco nutritiva alimentación, nos habían dejado tan flojos de piernas y en tan deplorable estado, que daba lástima vernos. Yo no me había encontrado nunca tan débil. Tuve que guardar un par de días de cama, ó mejor dicho, *de saco*, y renunciar después á la persecución de los pájaros bobos, dedicándome, en cambio, á quitar la piel á los ya cogidos, que,

después de todo, era también una ocupación como otra cualquiera. Esta tarea, desempeñada hora tras hora, sin moverse, con 13 ó 14° bajo cero, quitando pieles, era para sentir frío, no puede negarse, y mucho más cuando en las manos, naturalmente, no podían tenerse ninguna clase de guantes. Se aprende mientras se vive, y ahora ya sé también desollar pájaros bobos.

De día en día se hacían más escasos, y pronto quedó la isla completamente desierta, teniendo en nuestro poder unos mil cien.

El invierno se echaba encima. En estas circunstancias será quizás oportuno decir unas cuantas palabras acerca de nuestras ropas. Cada cual había recibido un par de mudas de ropa interior. La exterior era para casi todos de paño grueso, teniendo alguno que otro una americana ó algún par de pantalones de repuesto; pero del grueso indispensable para invierno, solamente algunos. Sin embargo, no creo que ninguno de nosotros, por causa de las ropas, llegue á sentir un frío verdaderamente inaguantable.

De calzado no andábamos tan bien, pues tanto las botas como los zapatos estaban muy lejos de abrigar lo que debieran. Por esta causa se oía á diario hablar de pies helados, mientras que nadie se quejaba de sentir frío en ninguna otra parte del cuerpo.

Para el invierno tenía aún otro cuidado, que en cierto modo se relacionaba con los alimentos. Era nuestro techo que, como ya he dicho en un principio, se hizo sólo de lona. Tenía inconvenientes importantes. Estaba muy pando, flameaba mucho, y con el roce y continuo golpeo sobre los maderos del armazón, pronto quedaría destrozado. El primer día que fué posible se cosieron las

pieles de foca que teníamos, pero hasta bastante tiempo después no quedó todo el techo cubierto.

\*

Ya estamos en invierno. Algunas fechas de mi diario demostrarán que debutó como el más déspota de los soberanos.

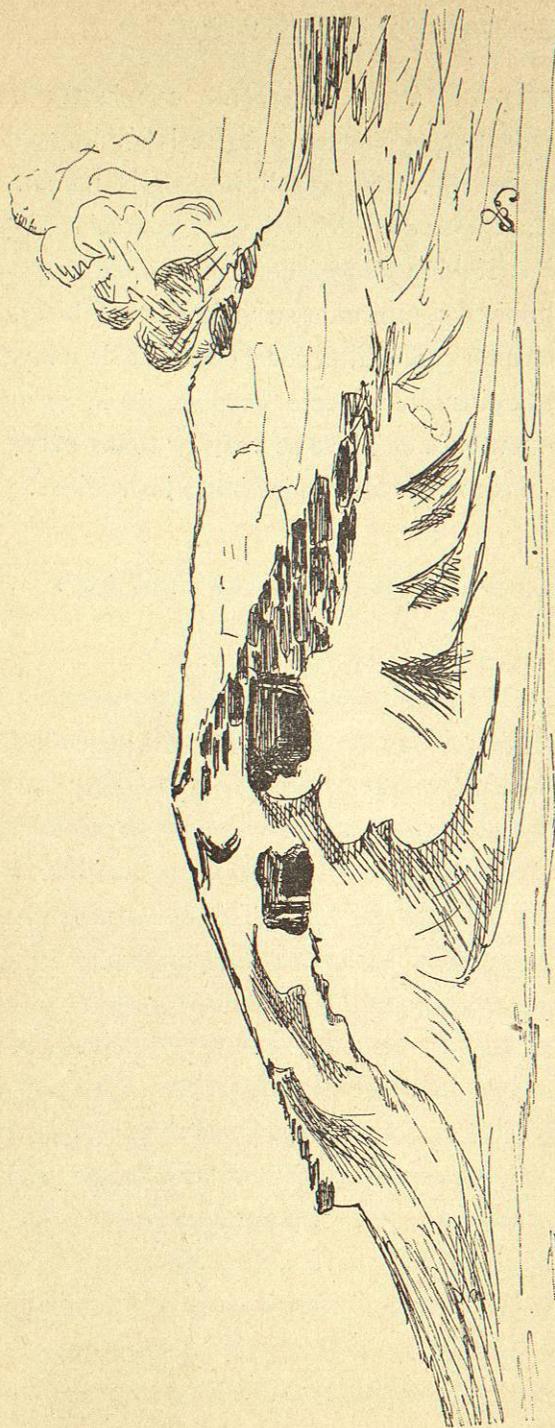
14 de marzo.—Tiempo horroroso y temporal de nieve del oeste sudoeste. Trabajo al exterior suspendido.

15 de marzo.—Viento fresco del sur y remolinos de nieve, con 12 grados bajo cero todo el día. Sin embargo, K. A. Andersson y yo dimos nuestro paseo, pues nos sentíamos enervados de estar siempre tendidos en los sacos.

18 de marzo.—Mal tiempo, y al obscurecer tempestad de nieve del sudoeste, pero á pesar de todo no suprimí mi paseo de la mañana.

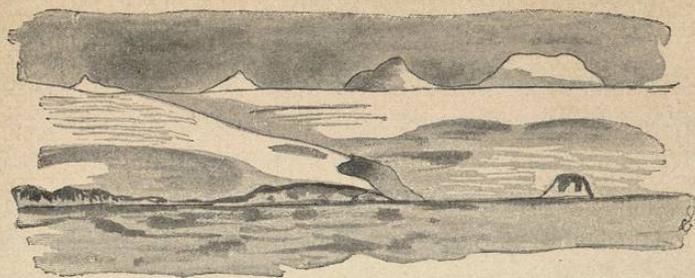
Cerca de nuestra habitación hay una guarida de golondrinas de mar. Son unos pájaros muy bonitos, vivos y bulliciosos, y resultaba distraído ir de vez en cuando á echarles una ojeada; pero hoy, al dar mi paseo, no encontré ninguno. Podía ocurrir, como había sucedido antes, que la mayor parte de ellos estuviesen fuera cogiendo peces, pero por la noche volvían todos. Ahora no han vuelto más. ¡Invierno! ¡Invierno! Todo le obliga á uno á pensar en este tiempo tan sombrío.

19 de marzo.—A las once de la noche de ayer comenzó á soplar un viento fuerte, que fué aumentando. Aun no hemos concluído el techo, sobre el cual hacen fuerte presión las borrascas, obligándolo á tremolar y dar golpes sobre los maderos. No dormimos en toda la



Choza Paulet en su época invernal.

noche, esperando á cada momento que la techumbre sería llevada por el viento, pero resistió, lo cual nos pareció asombroso. Cuando salimos por la mañana notamos que, á pesar de todo, había desaparecido el techo de la cocina. Había volado á doscientos metros, y seguramente hubiese continuado su viaje hasta el hielo, á no quedar detenido contra una roca cerca de la playa. La isla presenta diferente aspecto después de la tormenta. Enormes montones de nieve se ven por todas partes, en los cuales nos metemos al andar hasta las rodillas.



Vista de la isla de Paulet: entrada de la bahía «Active».

## CAPITULO XXVI

### *Vida invernal en la isla de Paulet*

Los días se van alargando lentamente y el tiempo nos tiene casi siempre presos. A nuestro alrededor presenta la Naturaleza un aspecto triste y desolado. Contados pájaros cruzan el aire piando; únicamente el pequeño chionis salta cerca de nuestra vivienda; pero en verdad que los desiertos de la isla no les convida á morar en ella y tienen que huir en busca de alimento. Por todas partes el triste invierno había tendido su velo. Entre nuestra isla y la de Dundée el hielo se hizo más firme, de modo que la nieve caía directamente de los ventisqueros de la última en dirección á nuestra vivienda. Sin embargo, con el hielo habíamos obtenido una ventaja: nuestro campo de operaciones se hizo más extenso, y no estábamos ya condenados á no salir de las costas de Paulet. Nuestros nuevos dominios no son tan monótonos como se podría creer. Abundan las cordilleras, los valles, los desfiladeros y las profundas simas. Los glaciares de la orilla, aprisionados contra las rocas, sirven de colum-